

Consideraciones acerca de la evolución de la infancia*

XIMENA PACHÓN C.

* Ponencia presentada al seminario sobre: "El Niño y la Cultura", Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá, junio de 1983.

INTRODUCCION

Este artículo trata sobre la niñez, la infancia, el mundo social de los niños.

El interés sobre este tema surgió hace algunos años, cuando, recién salida de la Universidad Nacional, empecé a trabajar con la doctora Cecilia Muñoz en una investigación sobre los gaminos de Bogotá. A pesar de haber terminado mis estudios académicos que me acreditaban como antropóloga y a pesar de haber leído sobre el relativismo cultural, el contacto con estos pequeños seres, que biológicamente podríamos clasificar como niños, me hizo consciente, entre otras muchas cosas, del hecho que superar nuestra visión etnocéntrica de la sociedad y sobre todo superar nuestra visión clasista del mundo que nos rodea es una tarea mucho más difícil, larga y ardua de lo que se puede suponer.

Me aproximé a los gaminos con la idea de que iba a realizar un trabajo con niños; sin embargo, el adentrarse en este mundo amargo, me mostró que no estaba trabajando con niños, por lo menos no con el concepto de niños que tenía una investigadora salida de la clase media o de la pequeña burguesía.

El niño rural y el niño de clase baja urbana desde edad muy temprana tienen que contribuir a la supervivencia familiar. Los recientes trabajos sobre el niño trabajador en el país, muestran los altísimos índices de niños que se ven forzados a ingresar al mercado laboral, donde entran a compartir como adultos todas las responsabilidades y todas las angustias de la clase trabajadora.

El gamín constituye una clase específica de niño trabajador, está inmerso en un medio en el cual la violencia es uno de los elementos característicos, la cual tiene que aprender a enfrentar, pues de lo contrario no hay posibilidad de supervivencia. Esto lo convierte en un pequeño adulto peligroso. El concepto de niño dependiente, de

niño protegido, de niño ingenuo e inocente que caracteriza nuestra visión clasista de la infancia no existe ni puede existir en el mundo del gamín. "Las condiciones de vida a que se ven sometidos, hacen de ellos individuos adultos violentos. Pequeños asesinos de nueve años, pequeños ladrones y pequeños trabajadores. Tienen las mismas obligaciones y responsabilidades que se exigen a un adulto . . ." (Muñoz, Pachón: 1980, 125).

De esta experiencia surgió el interés por conocer cómo se había desarrollado el mundo social del niño y cómo había evolucionado ese concepto de niñez que caracteriza nuestra sociedad occidental, por lo menos el concepto que comparten la burguesía y la clase media urbana.

El *objeto* de este artículo consiste en mostrar de manera muy general esta evolución, describir este desarrollo. No trataremos de dar explicaciones o de analizar la razón económica y social que determina en última instancia el apareamiento en los tiempos modernos del concepto de infancia.

Para la realización de este pequeño trabajo hemos actuado un poco a la manera que lo hace la arqueología, tratando de sondear el pasado, buscando pequeños fragmentos que nos hablen de la niñez a través de la larga estratigrafía de la historia.

De ahí que lo que haremos será descubrir esos fragmentos, datarlos históricamente, describirlos tratando de ver sus texturas, sus colores, sus asociaciones, etc., a fin de ver cómo éstos han ido modificándose, evolucionando a través de los siglos, y conformando ese mundo social del niño tan especializado, tan específico, tan irresponsable y tan dependiente, tan ingenuo y tan inocente; esa infancia, que conocemos hoy en día y que por nuestra visión clasista y etnocéntrica de la sociedad consideramos que por ser un concepto en principio biológico, debe encontrarse inmodificable en todas las sociedades, en todas las clases y en todas las épocas históricas.

El mundo infantil en la época feudal

Los niños son un objeto relativamente nuevo de estudio; la pediatría, la psicología y la anatomía son ciencias nuevas. En la sociología y la antropología entran tardíamente y en la ciencia histórica se puede decir que con muy raras excepciones, el niño no ha entrado, el niño no hace parte de la historia; su problemática a través del tiempo no

ha sido planteada y es difícil encontrar referencias alusivas en material documental.

Ante esta carencia de trabajos específicos sobre la historia del mundo infantil, ante esta carencia de información documental sobre los primeros años de vida de los hombres, rastrear el desarrollo y la forma como se fue consolidando ese mundo infantil que conocemos hoy, no es nada fácil. ¿Sobre base de qué indicadores, de qué referentes empíricos podemos recrear no sólo la forma de vida del niño en otras épocas, sino adentrarnos en el campo de las mentalidades y conocer el concepto, las actitudes, los sentimientos con que se asociaba este período de la vida?

Una importante aproximación al tema la realiza Philippe Ariès, historiador francés, quien se ha esforzado por descubrir las realidades de la vida cotidiana de los hombres que vivieron en otras épocas. Ariès plantea un hecho muy esclarecedor: él considera que en la sociedad feudal, la infancia se reducía al período de vida más frágil del niño, a la época en que éste no lograba bastarse por sí mismo, pero considera que una vez lograba adquirir ciertas destrezas mínimas, éstas le garantizaban su entrada directa al mundo de los adultos, donde compartiría todas sus actividades. A este mundo adulto se ingresaba sin pasar por una serie de etapas, como por ejemplo la juventud o la adolescencia (Ariès: 5-6).

La familia y el niño

A fin de hacernos una imagen de la forma como se desarrollaba la vida cotidiana de los niños durante la época feudal, es necesario que nos aproximemos al tipo de familia dentro de la cual éstos surgían. Algunos especialistas consideran que aunque ésta varió regionalmente y según la posición económica y social, se puede caracterizar fundamentalmente como una unidad que garantizaba la reproducción, la herencia —es decir la transmisión de bienes—, y la filiación, o sea la pertenencia a una familia a través de un apellido.

Un hecho importante, que ha sido señalado en varios trabajos, como por ejemplo el de J. Bouchard: "Un pueblo inmóvil", es la ausencia dentro del núcleo familiar de la función socializadora que caracteriza a la familia moderna: la transmisión de valores, de pautas culturales, de conocimientos en general fueron asegurados durante siglos, no por la familia, sino por la comunidad dentro de la cual se diluían las células familiares" (1972:35).

Por su parte, la vida familiar cotidiana durante la edad media ha sido descrita como una forma de vida eminentemente exterior, como una forma de existencia fundamentalmente pública.

Un seguimiento de la iconografía feudal (Ariès: 19) corrobora la hipótesis sobre estas formas de vida cotidiana. Ella muestra, cómo lo que prima es la comunidad, la vida común, la vida exterior y pública. Nada nos habla de la intimidad de la pareja, nada nos atestigua de un respeto o un sentimiento hacia el núcleo familiar.

Supervivencias de viejas prácticas, como el "shibari", que aún se celebra en regiones rurales muy apartadas de los Estados Unidos y posiblemente de la Gran Bretaña, consistente en la algarabía frente a la casa de los contrayentes con la cual la comunidad celebra el matrimonio de uno de sus miembros y que finaliza con el rapto del novio y su abandono en un lugar alejado del pueblo; testimonios sobre ceremonias tradicionales que acompañaban el matrimonio religioso, como la visita que los invitados realizaban a los nuevos esposos en su lecho nupcial; las fiestas colectivas con que la comunidad celebra sus matrimonios; la poca injerencia que tenían los contrayentes en la selección de sus cónyuges, etc., atestiguan esa falta de intimidad de la pareja y del núcleo familiar y el derecho que se otorgaba a la comunidad frente a una y otro.

En este medio comunitario, público, en el que las relaciones comunales priman sobre las relaciones familiares, en este medio en el cual el sentimiento de familia que conocemos hoy, posiblemente no existía, es en el cual se desarrolla la vida del niño que estamos describiendo; es en este medio en el cual el niño una vez que supera un tardío destete y logra bastarse a sí mismo, deja de ser considerado como un objeto que merece una atención especial y pasa al mundo de los adultos, siendo su coexistencia la fuente fundamental de su socialización (Ariès: 6).

La no especialización del mundo infantil

Al mirar hoy ese mundo infantil feudal sobresale un rasgo característico, que puede establecerse por comparación con el mundo infantil que conocemos. Es la no especialización de la sociedad en relación con los niños. Nada diferencia la vida de los niños de la vida de los adultos. El niño se distingue del adulto únicamente durante un lapso muy corto, mientras su madre o su nodriza lo estén alimentando, mientras no pueda caminar, mientras no pueda expre-

sarse con cierta claridad, pero una vez logra adquirir estas habilidades mínimas, es un adulto más.

Ni el trabajo, ni el juego, ni el vestido, ni el espacio en el que se mueve reflejan una particularización de la infancia. El niño comparte todo con el adulto; no se diferencia del adulto. La edad, por lo menos en los primeros años, no se encuentra asociada a una especialización social.

La enseñanza institucionalizada

Una de las instituciones más importantes con las que se encuentra asociada la infancia hoy, es la escuela o el colegio. Casi podríamos decir que la infancia dura mientras duran los años de colegio. La enseñanza institucionalizada aparece como una de las funciones específicas que la sociedad ha establecido para los niños y los jóvenes.

Una somera aproximación a la historia de la enseñanza institucionalizada dentro del mundo occidental muestra que durante la época feudal, las escuelas o colegios no existían como institución generalizada ni mucho menos como institución especializada para niños o jóvenes, o como una institución cuya función fuese la de educar. En los pocos lugares donde existían se encontraban reservadas a un pequeño número de clérigos, los cuales vivían dentro de una gran libertad de costumbres, mezclando niños y hombres de todas las edades. Nunca fueron instituciones infantiles. La edad no fue un elemento determinante para el ingreso a estas instituciones, pues en la época ésta no tenía ninguna importancia. Los historiadores han señalado cómo rara vez la edad se encuentra mencionada en los documentos escolares medievales. La edad es un elemento totalmente indiferente en la época feudal.

Hoy, ante el gran desarrollo de los métodos psicopedagógicos especializados por edades se pregunta uno cómo pudieron funcionar estas instituciones, pero es necesario recordar que por lo menos hasta el siglo XIV no tenían una función educativa, no se impartía una enseñanza. Los colegios de la época eran una especie de asilos para gentes sin recursos (Ariès: 191). Los niños que ingresaban a estas instituciones, entraban de nuevo a un mundo adulto donde no existía ninguna especialización de la niñez.

El espacio, el vestido y las diversiones

Esta falta de especialización del mundo infantil se encuentra en cualquier aspecto que se tome. Del anonimato en que transcurre la

infancia dan testimonio el espacio dentro del cual se mueve el niño, los juegos y las diversiones a las que él se dedica, los cuentos o leyendas que escucha y hasta el vestido que usa. La iconografía brinda de nuevo una de las mejores fuentes para ilustrar la no especialización, el anonimato dentro del cual se desarrolla su existencia.

Hasta el siglo XII la infancia no existía en la iconografía medieval (Ariès: 53). El niño, tal como lo concebimos hoy, no aparece. En los casos en que se observan "niños", ellos están reproducidos como hombres de talla más pequeña, sin que ningún trazo fuera de su estatura, los diferencias de los adultos: sus rasgos físicos, su expresión, su anatomía, en nada se diferencian de los adultos. Nunca se encuentran éstos ocupando un espacio específico, siempre están confundidos con los adultos, no hay espacios reservados para actividades específicamente infantiles; ni cuartos de niños, ni lugares de juego de niños, ni lugares de socialización para niños, no hay nada que sea para ellos. Jamás se verá una pintura destinada a reproducir solamente a un niño ni a éste ocupando un lugar importante dentro de la obra.

Ante esta indiferencia atestiguada por la iconografía en relación con los niños, y ante la falta de especificidad de su existencia, pensamos una vez más que los niños no tenían un espacio específico dentro de la sociedad, era el espacio compartido por todos y que éste como niño no era objeto de una atención o interés especial.

El vestido es otro importante indicador de esta falta de especialización, y de particularización, que caracteriza al mundo infantil medieval. Algunos testimonios conservados en pequeños museos regionales de Inglaterra, Francia, Alemania, muestran cómo los vestidos de los niños no aparecen con una moda específica, ni como indumentarias reservadas exclusivamente a ellos. Esta no especialización del vestido está reflejada también en la iconografía de la época. El vestido, al igual que el espacio, al igual que las características físicas, es compartido por niños y adultos. Nada diferencia estos dos mundos, nada particulariza la infancia (Ariès: 75).

El desarrollo de actividades recreativas durante la edad media atestigua de nuevo esta indiferencia que existía y esta no especialización con que hemos caracterizado al mundo infantil: la música, el baile, el teatro, los juegos, los cuentos y relatos que se transmitían en las comunidades y en general todas estas actividades que agrupaban a la comunidad en su conjunto y que desempeñaron un papel tan importante y tan aglutinador durante el medioevo, muestran cómo se mezclaban todas las edades: no existían bailes, ni música, ni juegos

en los cuales no pudieran intervenir los niños. No existía ningún tipo de discriminación, ni prejuicios morales que impidieran que los niños participaran.

La indiferencia y el anonimato, características fundamentales del mundo infantil

En las páginas anteriores se señaló como característica sobresaliente del mundo infantil feudal, la falta de especialización, y cómo el mundo del niño en nada se diferencia del mundo de los adultos. Basados en esos hechos, entremos en campos más profundos como el de las conciencias colectivas a fin de tratar de obtener algunos elementos que nos permitan intuir algo sobre las actitudes o los sentimientos con los que estaba asociada la infancia.

Después de leer algunos textos, y de mirar algunos exponentes de la iconografía medieval se llega a pensar en la poca importancia que se le concedía al niño en esta época y se puede atrever a decir que la actitud característica de la sociedad frente al niño es la de la *indiferencia*. No se hace nada por resaltar la figura de ese niño, nadie está interesado en relatar actividades infantiles, ni se preocupa porque ellos tengan algo especial.

Eduard Shorter en su estudio sobre el desarrollo de la familia europea ilustra una situación de desprecio hacia los niños. Basado en documentos de médicos, y de oficiales locales, muestra cómo los niños eran abandonados por largos períodos de tiempo, especialmente en épocas de cosecha.

Por los historiadores medievales se sabe que la época se caracteriza por la escasez relativa de documentos; pero además de esto, se conoce un hecho corroborado por especialistas, como los historiadores demográficos y los historiadores de las mentalidades, quienes han señalado cómo las alusiones existentes hacia los niños son muy excepcionales. Incluso sus nacimientos, sus muertes rara vez son mencionados, lo que ya de por sí demuestra la actitud de indiferencia total hacia ellos, que también ha sido atestiguada en otros aspectos de la vida social

Esta actitud de indiferencia, se encuentra asociada con un hecho que nos permite entenderla un poco más. Nos referimos a la situación demográfica de alta mortalidad infantil reinante en la época que nos ocupa.

Historiadores demográficos especialistas en la época han mostrado cómo las expectativas de vida durante el feudalismo eran sumamente bajas, siendo los primeros años de vida de la persona los que más seriamente se veían afectados. Existía una alta fecundidad, pero de los niños que nacían sólo un número muy reducido lograba sobrevivir. Las causas reales de esta mortalidad son difíciles de establecer; sin embargo, existe un hecho interesante, que refleja la actitud de indiferencia: la amplia difusión de la práctica del infanticidio, la cual ha sido señalada por varios historiadores. Legalmente éste era considerado como un hecho criminal. Aquellas personas a quienes se les comprobaba su culpabilidad eran sometidas a un castigo muy fuerte. Sin embargo, soterradamente, los niños morían ahogados en las noches bajo las sábanas de sus padres. Ariès comenta: “El hecho de ayudar a la naturaleza a desaparecer estos pequeños no se hacía con vergüenza, era parte de las cosas neutras, condenadas por la Iglesia y el Estado, pero practicadas en secreto, en una semiconciencia, en el límite de la voluntad, del olvido y del descuido” (Ariès: 15).

La actitud que refleja esta situación hacia la vida de los niños, puede ser comparable con la que existe hoy hacia los fetos y el aborto. ¿En qué momento empieza realmente la vida de la persona, no bajo el punto de vista biológico, sino cultural y social? ¿En qué momento considera una sociedad que se está cometiendo un crimen? ¿En qué momento le confiere una sociedad a una criatura el calificativo de persona?

La abundancia de nacimientos y la abundancia de muertes en los primeros años de vida determina el que la sociedad no se preocupe por estos primeros años de vida. Nada garantiza que estos pequeños objetos graciosos sobrevivan, y si mueren “—cosa que sucedía muy frecuentemente—, no se le daba al hecho mucha atención, otro lo reemplazaría muy pronto. El niño no salía de su anonimato” (Ariès: 6).

Lawrence Stone, en su trabajo, *La Familia, el Sexo y el Trabajo en Inglaterra, entre 1500 y 1800*, sugiere igualmente, que eran las altas tasas de mortalidad infantil “lo que hacía absurdo invertir mucho capital emocional en tan efímeros seres” (Stone: 105).

Esta indiferencia, esta insensibilidad frente al niño, ha sido corroborada también por las prácticas de enterramiento, las cuales subsisten aún en algunas regiones rurales del mundo occidental: los niños, en general, no se enterraban en los cementerios o en las iglesias, sino en las casas donde habían nacido, en los jardines, en poteros cercanos al lugar de vivienda. Frente a estos niños muertos no

existía, posiblemente, el sentimiento de miedo, de respeto, que manifiesta nuestra sociedad ante la muerte. Posiblemente a ese niño no se le confería una “alma inmortal”, como no se la concedieron inicialmente los europeos a las poblaciones negras e indígenas.

En resumen, durante la época feudal, si bien, obviamente, existieron niños bajo el punto de vista biológico, su existencia social es muy discutible; la infancia como época específica de la vida de la persona se reducía a un período muy corto de su vida, durante el cual el niño no despertaba mayor interés, un número muy grande de ellos moría, sin constituir una desgracia familiar. El niño se veía como una pequeña mascota doméstica, que se consiente y se mimaba, porque es gracioso, pero que si se pierde no representa un grave problema. Socialmente existía una indiferencia y un anonimato total hacia el niño.

Paralelo a esta indiferencia y anonimato, el mundo en el que vive se caracteriza por ser un mundo no particularizado, no especializado. Nada se hace, que sea especial para los niños, no existen lugares que sean privativos de ellos, ni colegios, ni alcobas, ni sitios de juegos; en nada se diferencian los niños de los adultos, ni en el vestido, ni en los juegos, no existe nada que separe el mundo adulto del mundo infantil. No lo puede haber, porque mentalmente, para la gente del medioevo ese niño no existe, ese niño se piensa como adulto y como adulto se espera que responda.

Esta indiferencia, esta no particularización del mundo infantil, en la época medieval se traduce igualmente en sus lenguas. En el siglo XVI, por ejemplo, cuando se traduce “El Gran Propietario de Todas las Cosas” al francés (el texto había sido escrito en el siglo XIII en latín), su traductor plantea la dificultad que tuvo para hacerlo, ya que en un capítulo destinado a las épocas de la vida, el original trae en latín siete conceptos de edades, cada cual con su nombre específico, mientras que en francés sólo existían tres: infancia, juventud y vejez (Ariès: 43). Esta clasificación basada en tres conceptos fundamentales debió estar ampliamente difundida dentro de las mentalidades medievales. De la niñez se pasa a la juventud que es lo que hoy llamamos el mundo adulto. El niño entraba a esta época sin pasar, por ejemplo, por la adolescencia, que es una etapa moderna de la vida.

Fue necesario que transcurrieran varios siglos para que lenguas como el español, el francés, el inglés, encontraran conceptos que les permitieran una clasificación más particularizada de las edades de la vida.

Dentro de la cotidianidad, la infancia era vivida como una etapa de transición que pasaba rápidamente y de la cual se perdía rápidamente el recuerdo (Ariès: 55).

El mundo infantil en la sociedad moderna

El mundo de indiferencia en que transcurría la vida del niño en la edad media empieza a transformarse a partir más o menos del siglo XIII. La línea de evolución que sintetiza este desarrollo social y culmina en el siglo XIX, se caracteriza por ser un desarrollo que rompe los lazos que unían la antigua comunidad; la sociedad tiende a una atomización que empieza a diferenciar segmentos que antes se encontraban unidos: niños y adultos, al igual que pueblo y burguesía iniciaban un largo camino de distanciamiento, de especialización de sus mundos, de surgimiento de sentimientos característicos a cada uno de ellos.

La elaboración del devenir del mundo infantil que estamos tratando de describir no es fácil, ya que no todos los elementos que lo conforman evolucionan paralelamente. El desarrollo es desigual. Trataremos de mostrar algunos fragmentos que consideramos fundamentales para ilustrar el proceso.

La familia

Volvamos a la familia. Habíamos caracterizado al núcleo familiar como una célula muy abierta, dentro de la cual existían pocas posibilidades para la intimidad por llevar una vida muy pública, por pertenecer su devenir más a la comunidad que a ella misma, por no cumplir ciertas funciones como la socialización, por ejemplo, que hoy caracterizan a la vida moderna.

Esta familia abierta, diluida dentro de la comunidad, inicia un camino hacia la privatización e intimidad, cualidades que entrarán a formar parte de las características fundamentales de la familia moderna.

La historia de la arquitectura demuestra cómo en algunos lugares de Europa, durante el Renacimiento, aparece una tendencia, desconocida anteriormente, hacia la privatización del espacio doméstico. Los espacios familiares se alejan de las calles y plazas y tienden a recluírse hacia el interior de las habitaciones. Este indicador material nos habla ya de un deseo de privatización de las células familiares, de una preparación para la intimidad de la pareja (Ariès: 22).

La delimitación y el encerramiento del espacio familiar indudablemente deben encontrarse asociados con una relación nueva entre los miembros de la familia, posiblemente en la cual se dieron mayores tiempos de contacto y permanencia entre los esposos y entre los padres y los hijos, con lo cual debió aparecer paralelamente un cambio en los sentimientos que unían la familia.

Es durante este proceso de “enconchamiento” de la familia sobre sí misma, cuando ella empieza a descubrir en el niño una serie de cualidades, de características, que la inducen a prestarle atención especial. Surge un sentimiento nuevo hacia la infancia.

Los procesos de adoctrinamiento religiosos han permeado ya mucho más profundamente las diversas capas sociales y producido mayor aprehensión hacia la muerte, lo que unido al nuevo afecto que despierta la niñez, determina que se observe un mayor cuidado con la vida de los niños.

El desarrollo ascendente de las prácticas de cuidado y atención al niño encuentra un gran apoyo en el apareamiento en el siglo XVII de la enfermera, que surge como una institución nueva, como una “hada madrina de la infancia”, cuyo principal objetivo es proteger la vida de los niños (Ariès: 15-16).

J. L. Flandrin al estudiar la reducción de la mortalidad infantil que se hace palpable en el siglo XVIII, concluye que ella no se puede explicar exclusivamente por razones médicas o de higiene. Si bien, estos elementos jugaron un papel destacado, lo más importante es que los padres han cesado de dejar morir a sus hijos (Ariès: 15).

El surgimiento de este sentimiento nuevo hacia la infancia, que aparece inicialmente dentro del núcleo familiar, se encuentra asociado con otra serie de elementos que son los que van configurando el mundo social, especializado, diferenciado, en el cual se mueven los niños de la cultura occidental.

Escuelas y colegios se especializan en los niños

El seguimiento del desarrollo de la enseñanza institucionalizada es una de las fuentes más importantes para saber cómo ha evolucionado el mundo de los niños. Los programas de enseñanza, normas de disciplina, clasificación de los escolares internamente, pertenencia social de los niños que ingresan, etc., hablan de las imágenes mentales con que cada sociedad se ha representado así misma la niñez, de la

mentalidad con que cada época ha enfrentado los problemas de la infancia y, en últimas, de la evolución del sentimiento, en cada período histórico, hacia los niños.

Estos son temas de posibles investigaciones, que no nos proponemos desarrollar en esta parte del trabajo, ya que nos limitaremos someramente a señalar el paso del colegio o escuela antigua, la escuela latina medieval, al colegio concebido modernamente, como lugar de enseñanza institucionalizada, especializada, en un grupo de edad específico: los niños.

En páginas anteriores se vio cómo la escuela o colegio medieval recibía clérigos de todas las edades, cómo no era una institución diseñada para los niños y cómo su función educativa era muy discutible. La forma corriente como se instruía a los niños era el aprendizaje informal en medio de la comunidad adulta, o el servicio doméstico, en los hogares de otras familias (Minge-Kalmen, 1978: 459). Desde el momento en que los niños ingresaban a las escuelas, entraban al mundo de los adultos con los que se mezclaban dentro de una gran libertad de comportamientos.

Es a partir del siglo XV cuando se empieza a vislumbrar un cambio en el funcionamiento y en la estructura de estas instituciones. Primeramente, su reclutamiento se amplía y se modifica: a la minoría de clérigos medievales la sustituye un número considerable de laicos, nobles, burgueses y gente del pueblo. En segundo lugar, estas pequeñas instituciones se van transformando en lugares cuyo objetivo fundamental es la enseñanza; es decir, la enseñanza institucionalizada empieza a reemplazar a la educación o aprendizaje informal que garantizaba la comunidad. Un tercer punto fundamental es la aparición de la disciplina. Este elemento nuevo, inusitado en épocas anteriores es el que garantiza en los nuevos tiempos el funcionamiento institucional de los colegios o escuelas. La transmisión de la enseñanza se logra mediante una estructura autoritaria y jerárquica que sustenta su poder en la implantación de una fuerte disciplina. Su importancia fue tan grande, que algunos autores han considerado que el objetivo de estas instituciones era fundamentalmente su enseñanza (Field: 1976). El concepto de esta disciplina, que proviene de las esferas religiosas y es concebida como un instrumento de perfección moral y espiritual, es el elemento fundamental que marca la diferencia entre el colegio de la edad media y el de los tiempos modernos (Ariès: 213).

Esta transformación escolar se encuentra asociada a una evolución en el interés por la edad de los niños. La necesidad de lograr una

buena enseñanza, y de implantar una rígida disciplina induce a los educadores a tomar conciencia de la importancia y la particularidad de las edades de los niños educandos. Sobre los que primero recae esta reflexión son los más pequeños, pues son los más bulliciosos y los que más frecuentemente interfieren el desarrollo normal de la vida del colegio. El grupo de edad conformado por los niños más jóvenes, es el primero en ser separado del resto de la comunidad estudiantil y el objeto primeramente, de una doble separación: del mundo de los adultos al ingresar al colegio, e internamente, del resto de los alumnos.

No es dable imaginar cómo pudieron haber sentido, haber interpretado tales hechos los niños de estas épocas. Acostumbrados a vivir la vida de su comunidad, compartiendo los goces y las penas, la recreación y el trabajo con los adultos, la sociedad ahora los discriminaba, los aislaba del universo de los adultos en el cual estaban acostumbrados a vivir, los encerraba sometidos a una ley diferente de aquella de los mayores que les era familiar, en una especie de cuarentena que, con el transcurso de los siglos venideros, iría prolongándose y separando cada vez más su mundo del de los adultos: es el desarrollo de la escolaridad.

Es claro que no todos los niños pasaban por el colegio; a muchas familias no les interesaba que sus hijos hicieran tránsito por estas instituciones; otros entraban y no soportaban los hábitos terribles de vida hasta ahora desconocidos para ellos y regresaban a la rutina de los adultos, alimentada todavía por los hábitos de precocidad medieval: es decir la corta infancia y el paso rápido al *status* de adulto (Ariès: 209).

Durante mucho tiempo el ingreso de los niños al colegio no estuvo relacionado con su extracción social. Muchos nobles despreciaban este tipo de vida y preferían las armas, y muchos niños hijos del pueblo se educaron en estos planteles. Es decir, inicialmente la educación no fue un monopolio de clase.

Sin embargo, este paraíso de la igualdad infantil que se empezaba a consolidar, duraría poco tiempo. A partir del siglo XVIII dejó de existir el "colegio único" que caracterizó la enseñanza durante muchos años, apareciendo un doble tipo de instituciones escolares, cada una de las cuales estaba íntimamente relacionada con una posición de clase específica. Dentro del escenario educativo, hacen su entrada los *liceos* como colegios, en los cuales la preparación de los estudiantes se prolongaba por un largo período de tiempo, correspondía a la enseñanza secundaria y, obviamente, estaban destinados a los niños burgueses.

Por otra parte se encontraban las *escuelas*, con una enseñanza relativamente corta, correspondiente a lo que es la primaria y estaban destinadas a los niños del pueblo, a los de las clases trabajadoras (Ariès: 215).

Ya desde el siglo XVII ciertos políticos como Colbert y Richelieu en Francia, expresaban sus temores de una inflación intelectual y de una crisis en la mano de obra y proponían limitar a una clase social específica, el privilegio de la enseñanza larga.

La aparición de este doble sistema de enseñanza es un nuevo aspecto en el panorama infantil. Si bien en la edad media este mundo nuevo de los niños no existía, con el devenir histórico de nuestra sociedad y nuestra cultura, éste se consolida, se institucionaliza mediante la segregación de los niños del ambiente de los adultos, pero al mismo tiempo se divide y se aísla a los niños entre sí, atendiendo a sus diferentes condiciones sociales; aparecen los que tienen derecho a disfrutar de ese nuevo concepto de la infancia y aquellos que no tienen la posibilidad de hacerlo, que no podrán alcanzar ninguno de los logros históricos que a través de los siglos fueron adquiriendo los niños occidentales.

La historia de estos últimos niños, que siendo tales no pudieron ni han podido alcanzar la infancia moderna, es un capítulo aparte de la historia infantil, que no es el objeto de este trabajo.

El apareamiento e institucionalización de la enseñanza a través del colegio y la escuela, marcó definitivamente el futuro desarrollo del mundo infantil. De aquí en adelante siempre se asociará la infancia y su duración con la época de la enseñanza institucionalizada.

La importancia creciente que con el tiempo se le fue adjudicando a este tipo de enseñanza, determinó también una reclasificación de las edades, implantada por la sociedad europea para dividir la vida de los hombres. De la infancia ya no se pasaría a la juventud, que era sinónimo de vida adulta; de ahora en adelante, la infancia se prolongaría durante la edad del colegio, una edad ambigua en la cual, a través de la disciplina, el niño aprendía a ser hombre y se calificaba como mano de obra para enfrentarse a las cambiantes condiciones económicas y técnicas de la época.

La iconografía europea del siglo XIV al siglo XVIII representa esta reclasificación de las edades. Aparecen niños de diferente tamaño, de diferentes edades, los cuales de manera repetitiva desempeñan una serie de funciones similares en cada edad: la edad de los juguetes es seguida por los niños en edad de colegio asociada a los libros y a las plumas de escribir.

El lenguaje se especializa en la infancia

Un ejemplo interesante para mostrar cómo el lenguaje evoluciona y sintetiza conceptualmente los intereses culturales de cada sociedad, lo tenemos con la infancia y más especialmente con la primera infancia.

Ya se vio que lenguas como el español, el inglés, el francés no poseían la riqueza del latín para describir de manera rigurosa las diferentes etapas o períodos por los que pasaban las personas. Durante el siglo XVII, que es indudablemente el siglo que marca el ascenso de la infancia, la lengua hablada refleja también esta evolución.

Es a partir de esta época, cuando el concepto de infancia adquiere dos derroteros semánticos algo diferentes. Ya desde la edad media en la cual la infancia era esa etapa eminentemente frágil, quebradiza y deleznable, ésta se asociaba con la dependencia. Esta ligazón entre dependencia e infancia, entre sujeción y conceptos relativos a la niñez o a la juventud subsistieron y aún se encuentran hoy en la lengua hablada para designar a personas de baja condición, a las cuales se les quiere hacer sentir la relación de dependencia, de subordinación, de sumisión, de servidumbre. En el medio nuestro tenemos el caso de "muchacho" y "muchacha". Ni la "muchacha" del servicio, ni el "muchacho" que reparte el correo o lleva la leche a las casas tienen que ser quinceañeros. Son conceptos de vocabulario de las relaciones feudales y señoriales de dependencia. Al utilizar estos conceptos, no estamos haciendo alusión a una etapa de la vida, sino a un concepto que lleva implícita una connotación de dependencia social, cuyo origen está en la visión con que una sociedad representaba la infancia.

Paralelo a este uso del concepto de infancia y otros similares, está la utilización que se hace del concepto dentro de las familias burguesas. En este medio el concepto de infancia, se asocia también a la dependencia, pero a una que surge exclusivamente por razones biológicas. Nada tiene que ver con razones económicas o sociales. En este medio el concepto se aplica inicialmente a la primera edad, pero posteriormente, con el desarrollo e importancia de la enseñanza escolarizada, la infancia abarca, tanto al niño que no ha entrado al colegio, como el que está en él.

Con el interés creciente que a partir del siglo XV y especialmente en el siglo XVII, se desarrolla en relación con las instituciones escolares y el surgimiento de una literatura sobre los niños, sobre la pedagogía (Escuela de Port Royale), etc., el concepto de niño, de in-

fante, de "baby", de "child", empieza a ser estrecho y a quedarse atrás de los intentos de clasificación que la nueva literatura pedagógica intentaba realizar: Los niños de los colegios se dividen en pequeños, medianos y grandes y las lenguas no tenían palabras para referirse a los niños de pocos días de nacidos. Seguía existiendo el mismo concepto para referirse al niño de meses y el niño ya grande que cursaba estudios en un colegio. Hay una especie de confusión lingüística: se habla de los muñecos, de los monaguillos, se utilizan diminutivos, se prestan conceptos de lenguas vecinas, como el "bambin" francés, tomado del bambino italiano, se les da nombres de pequeños animales, que aún subsisten en el lenguaje cotidiano, como marmotas, conejos, palomas, etc. Y, durante mucho tiempo, la lengua no encuentra un concepto que se generalice y diferencie el niño en su primera infancia.

Esta insuficiencia de vocabulario no será satisfecha sino hasta el siglo XIX con el préstamo del inglés de la palabra "baby" (Ariès: 48). Con este préstamo que alcanza una generalización inusitada, el bebé francés, el nené español adquirieron su carta de ciudadanía. Ya tenían un nombre.

Esta ambigüedad en la infancia para clasificar sus primeras edades, se mantuvo durante otro extenso lapso para diferenciar la infancia de la adolescencia, concepto que tiene un largo proceso de formación y que, según los especialistas, adquiere su madurez solamente en el Siglo XX.

El niño moderno y las imágenes que lo representan

El desarrollo del niño como foco de interés social está atestiguado, no sólo por la evolución de la lengua, sino también por la iconografía.

Los pequeños adultos que representaban niños de la época medieval, empiezan a ser sustituidos por rostros jóvenes, clérigos jóvenes, donde la redondez, la gracia, el afeminamiento, empiezan tímidamente a aparecer. Estas características duran aproximadamente del siglo XII hasta el siglo XIV, y las representan de manera muy especial las obras de Fraangelico y Botlicelli.

Es en el Niño Jesús, en las imágenes que representan la Santa Infancia, donde aparece el primer niño moderno. Dentro de la iconografía la evolución del niño es más rápida que en cualquier otra parte. El Niño Jesús es el primer infante representado realísticamente, el primero que adquiere la ternura, característica moderna de la infancia. Sin embargo, a pesar de este distanciamiento histórico con

el resto de niños de su generación, el Niño Jesús no fue el primero en desnudarse, normalmente se le representa castamente vestido y es necesario esperar varios siglos para verlo sin los tules, sin las gasas y camisas que antes lo cubrían. El gusto por el niño desnudo surge fundamentalmente en el siglo XVII y corresponde a una nueva visión de él. Es el reconocimiento de su anatomía, de su peculiaridad física y traduce un sentimiento muy profundo en favor de la infancia.

Desde el siglo XV la Santa Infancia se convirtió en uno de los temas más frecuentes en la iconografía europea: posteriormente, sus características se generalizan al resto de niños, que empiezan a ser representados como figuras tiernas, ingenuas, graciosas: niños buscando el seno de la madre, niños tratando de besar, de acariciar, de tocar tiernamente. Estamos ya en presencia de la imagen moderna de la infancia, de imágenes que nos atestiguan, una vez más, la importancia que en la vida cotidiana se comenzaba a dar a los niños y de los nuevos sentimientos que en las conciencias colectivas tenían que ir apareciendo.

El niño sale del anonimato y su mundo se especializa

Uno de los distintivos que habíamos señalado para el mundo infantil feudal era el anonimato dentro del cual se movía el niño. Nada nos hablaba de él, ni los libros, ni la pintura, ni las tumbas, ni la ropa; nada.

Toda la evolución en la familia, en la enseñanza institucionalizada, en la pedagogía, que cambia la actitud de indiferencia, de insensibilidad que caracterizaba antiguamente a la sociedad, logra sacar al niño del anonimato.

La iconografía ilustra de nuevo la moderna posición del niño en la sociedad. Surgen los retratos de familia, organizados alrededor del niño, quien se convierte estéticamente en el centro de la composición. El retrato de niños, ya no confundidos con la multitud feudal sino el niño solo, el niño como elemento importante de la familia y de la sociedad, aparece iconográficamente alrededor del siglo XVII. Cada familia quiere hacer perdurar los rasgos de la infancia de sus herederos. La infancia cobra una importancia inusitada e insospechada anteriormente. Este sentimiento, este deseo de imprimir de manera duradera las características infantiles lo atestiguan hoy los álbumes familiares, en los cuales se aprecia visualmente, paso a paso, mes a mes, el cuidado con que la madre ha querido seguir y plasmar el desarrollo de sus hijos.

La literatura y el vestido se especializan en los niños

La literatura no es ajena al ascenso social del niño. Del anonimato literario en que se encontraba en la Edad Media, el niño emerge como foco de atención literario, especialmente a partir del siglo XVII, época desde la cual ya no es raro encontrar descripciones sobre lo que hacen los niños, sobre los juegos y juguetes con que se divierten, sobre su lenguaje y prelenguaje, sobre su forma de vestir, etc.

Además de este interés por narrar el mundo de los niños, aparece otro elemento nuevo y altamente significativo para ilustrar la conformación del mundo infantil moderno: la literatura infantil.

Antiguamente existía la tradición de contar leyendas, historietas, que iban dirigidas de manera indiscriminada a grandes y chicos. Aún para comienzos del siglo XVII se encuentran relatos, cuentos, en los que se narraban las historias de bellas princesas y poderosas hadas, con los cuales se divertían las damas de Versalles y se contaban igualmente a Luis XIII niño.

Es sólo a finales del siglo XVII cuando aparece la literatura infantil propiamente dicha. Un interés específico transforma antiguas leyendas orales en pequeños y simples cuentos y, por primera vez, se hacen ediciones reservadas a los niños, como es el caso de los cuentos de Perrault. Paralelamente a esta literatura infantil y marcando una especialización de la literatura por edades, surge un gran número de publicaciones destinadas a personas adultas, de las cuales los niños quedaban excluidos.

De esta manera el antiguo gusto por la transmisión oral de cuentos se transforma radicalmente. La burguesía, interesada en otros temas no le presta ya interés a este tipo de pasatiempos; sin embargo, los viejos cuentos, las leyendas ancestrales sobrevivieron durante mucho tiempo en los campos y en el nuevo género de literatura monopolizado de ahora en adelante, por el mundo de los niños: La literatura infantil.

En Inglaterra, la literatura infantil aparece un poco más tarde. Peter Coveney, en su obra sobre el niño en la literatura inglesa, comenta: "Hasta las últimas décadas del siglo XVIII el niño no existe como un tema importante y continuo en la literatura inglesa. Existen, claro está, niños en la literatura inglesa anterior a los románticos ... pero en el drama Isabelino, el cuerpo principal de los versos de Augusta, en la más importante novela del siglo XVIII, el niño está ausente, ... máximo aparece como un elemento subsidiario dentro del mundo adulto ... En el transcurso de algunas décadas, el niño

emerge de la insignificancia para convertirse en el foco de un interés literario sin precedentes, y a veces la figura central de una proporción significativamente creciente de nuestra literatura" (Coveney 1957: 9).

Este proceso de diferenciación y de especialización del mundo infantil a través de la literatura se repite de manera similar en la vestimenta y aún en el juego. Habíamos visto cómo la edad media vestía indiferentemente todas las edades, pero es a partir también del siglo XVII, cuando el niño deja de vestirse como los adultos. De aquí en adelante él usará una moda reservada a su edad, un "uniforme" que lo distinguirá y lo apartará del mundo de los adultos (Ariès: 81).

Un hecho interesante en la conformación de este mundo infantil y en la aparición de la moda característica de los niños, es que durante la época en que surge esta especialización, lo que se designa para uso de los pequeños es un conjunto de rasgos de vestidos antiguos, modas que las personas adultas habían abandonado hacía muchos años (Ariès: 84), vestidos que se habían usado un siglo atrás y que de ahora en adelante ellos eran los únicos con derecho a usarlos.

El mundo religioso se especializa en los niños

El ascenso social del niño que estamos describiendo y que traduce la evolución de un sentimiento nuevo hacia la infancia y la particularización del mundo infantil, se encuentra asociado en la religión con una nueva tendencia, la cual una vez más manifiesta el lugar central que el niño está tomando en la sociedad.

Ya habíamos visto cómo la iconografía del Niño Jesús traducía la primera representación del niño moderno: su anatomía, su dulzura, su ingenuidad. Ahora es necesario señalar cómo a partir del siglo XVII empieza a tomar dentro de la devoción cotidiana una gran importancia este tipo de representaciones: El Niño Jesús solo, aislado de su madre y de su familia. Como antropólogos no podemos ver esta devoción por la Santa Infancia como algo accidental; surge y se expande precisamente en el siglo XVII, cuando se estaba gestando ese gran movimiento hacia la infancia. Por lo tanto, creemos que es necesario verlo como un indicador más del nuevo sentimiento.

Paralela a esta devoción generalizada nace otra práctica reservada a los niños: el ángel de la guarda. Ese ser todo poderoso, cuya invocación garantizaba a los niños dulces sueños y les daba la fortaleza

para rechazar los malos pensamientos, ese ser que fue la devoción monopólica del mundo infantil durante varios siglos. Esa figura del ángel guardián, representado bajo la forma de un niño o un adolescente afeminado que se interponía entre los pequeños y el diablo representado siempre bajo la forma de un adulto, que a muchos nos es familiar aún, hace su aparición, según lo demuestra la iconografía en el transcurso del siglo XVI y especialmente del XVII. Dentro de la esfera religiosa, vale la pena señalar otro acontecimiento: la Primera Comunión, que surge como una fiesta religiosa de la infancia, práctica desconocida en la edad media. Si bien antiguamente los niños recibían la comunión, ella se impartía, sin que fuese un acontecimiento especial, cualquier día, cuando iban a la iglesia mezclados con los adultos.

A partir del siglo XVIII se organizan las primeras comuniones como ceremonias colectivas, para las cuales era indispensable la preparación moral y espiritual de los niños (Ariès: 175). Surgen los registros de Primera Comunión, como una forma de perpetuar el recuerdo, como un certificado de que el niño había realizado la ceremonia más importante que la iglesia le había preparado en estos nuevos tiempos.

Hoy en día, en el mundo occidental, a pesar de la descristianización tangible de las diversas capas sociales, la Primera Comunión subsiste, como una fiesta individual del niño, como la fiesta en la cual la familia se regocija con la infancia y la inocencia del hijo. Esta fiesta de la Primera Comunión se convirtió en el transcurso de los años en la manifestación más visible del sentimiento moderno hacia la infancia.

La moralización de la infancia, en la conformación del niño moderno

Un aspecto fundamental en el desarrollo de este proceso de formación de un mundo infantil especializado, separado del mundo del adulto y valorado socialmente, lo constituye el papel desempeñado durante la época por una minoría pujante y esclarecedora de rigoristas (Ariès: 117), y es a ellos a quienes se les debe el rompimiento de la indiferencia moral que durante siglos caracterizó el trato de los niños. Esta preocupación por educar a la infancia es la que lleva a que se reclasifique toda una serie de actividades en las que participaban los niños, como son los juegos, los cuentos, la conversación cotidiana, etc. Esta preocupación atestigüa indudablemente el apareamiento de este nuevo sentimiento hacia la infancia.

Para el siglo XVII existen ya juegos considerados no aptos para los niños, como es el caso de los juegos de azar tan extendidos anteriormente. En Inglaterra se han encontrado documentos de principios del siglo XVIII en los que se prohíbe en los colegios los juegos de plata. La reforma Arnold, de la educación inglesa, elimina de los colegios las apuestas de lotería, las apuestas al derby y otros juegos que habían sido considerados como indiferentes durante siglos y que ahora que consideraban como indecentes, inmorales y viciosos para los escolares.

F. de Daiville en su obra *El Nacimiento del Humanismo Moderno*, en la cual esboza el desarrollo de la pedagogía humanística, escribe: "El respeto debido a los niños era algo totalmente ignorado. Delante de ellos uno se permitía todo, palabras crudas, acciones y situaciones escabrosas, ellos habían visto todo, oído todo ..." (Daiville, 1940: 216). Esta libertad de comportamiento frente a los niños, esta ausencia de prejuicio y de reserva ante ellos, que hoy sorprende profundamente, empezó a ser resquebrajada seriamente por la acción de los moralistas y educadores del siglo XVII, quienes veían en la infancia y en la juventud edades de imperfección sobre las cuales era necesario trabajar.

Este sentimiento y esta concepción de la infancia tienen como corolario la necesidad imperiosa de conocer las características profundas de estas edades de imperfección para poder perfeccionarlas, y desarrollar métodos apropiados de aprendizaje. Paralelo a este interés se encuentra también el de la higiene y el de la salud física del niño.

En esta nueva concepción de la infancia, en los nuevos sentimientos con que ella se asocia es donde se encuentran los gérmenes del futuro desarrollo de la pedagogía moderna, de la pediatría, de la psicología infantil y del resto de ciencias y especializaciones que caracterizan el estudio del mundo infantil altamente desarrollado de nuestra sociedad occidental.

* * *

Sinteticemos esta segunda parte: la conformación moderna del mundo infantil, la sedimentación de ese concepto de infancia que nos es familiar, según nuestra posición etnocéntrica y clasista de la sociedad, es necesario rastrearla en un pasado muy remoto; sin embargo, es entre el siglo XVII y el siglo XIX cuando las evidencias se hacen más numerosas. Es en este lapso en el que surge la infancia como un mundo especializado y diferenciado del mundo del adulto; la enseñanza institucionalizada lo ha segregado espacialmente de él, lo ha sometido a una disciplina no compartida con el adulto. La an-

tigua comunidad de esparcimiento se ha roto y han aparecido juegos para adultos y juegos y juguetes para niños, literatura para adultos y literatura y libros para niños, hasta ha aparecido el ángel guardián como un árbitro sideral, cuya misión es la de preservar la infancia y su inocencia de la malicia y las impurezas de la edad adulta.

Frente a lo esbozado en este trabajo queremos resaltar un hecho fundamental: la diferenciación y especialización que describimos, con las que cada vez se distancia más la infancia de la adultez, no son sino el reflejo de una diferenciación mucho más profunda en el seno de la estructura social, que se caracteriza por el apareamiento antagónico de las clases en la sociedad.

Esa diferenciación que se da en la niñez, es un componente y un indicador de una profunda transformación social, cuyo trasfondo es necesario explorar a fin de explicar y entender el porqué aparece la infancia en los tiempos modernos con las características que la hemos descrito. ¿Cuál es el trasfondo económico, social y político que determina que la infancia como fenómeno social haya adquirido las dimensiones y cualidades que hemos descrito? ¿Qué relación existe entre el surgimiento de la infancia como una clase de edad específica y la irrupción en el mundo occidental de las clases sociales? ¿Por qué sus nacimientos se encuentran asociados históricamente?

Las explicaciones a estos interrogantes no aparecen en este trabajo. Las dejo planteadas a manera de interrogantes que no se pretende sean contestadas inmediatamente. Se espera que tengan una profunda elaboración y que sirvan de punto de partida para otra serie de trabajos sobre el mismo tema, que motive intereses para la elaboración de investigaciones, cuyos resultados serán bienvenidos en el próximo Seminario del Niño y la Cultura.

BIBLIOGRAFIA

- ARIÈS, Philippe. *L'Enfant et la vie Familiale sous L'Ancien Règne*. Editions 1973 du Seuil, Paris.
- BOUCHARD, J. *Un Village Immobile*. 1972
- COVENEY, Peter. *Poor Monkey: The Child in Literature*. Ed. Dufor, London. 1957
- FIELD, Alexander. "Education in Mid-Nineteenth Century Massachusetts: Human Capital Formation or Structural Reinforcement". *Harvard Education Review*. Nº 46. EE.UU. 1976
- MINGE-KALMAN, Wanda. "The Industrial Revolution and the European Family: The Institutionalization of "Childhood" as a Market for Family Labor". *Comparative Studies and History*. EE.UU. 1978
- MUÑOZ, Cecilia y PACHÓN, Ximena. *Gamines. Testimonios*. Carlos Valencia Editores. Bogotá. 1980
- SHORTER, Eduard. *The Making of the Modern Family*. Basic Books, New York. 1975
- STONE, Lawrence. *The Family, sex and Marriage in England 1500-1800*. Harper 1977 and Row, New York.